

EL SAUCE LLORÓN de Leire Castillo

Hace un tiempo mi familia plantó un sauce, no contenía nada especial, nada que le hiciera brillar, nada que te llamara la atención e hiciera que te quedas mirándolo por horas.

Mi padre me solía contar historias cuando era pequeño. En ellos afirmaba la existencia de la magia, de los seres que nadie podemos ver ni oír, pero sabemos que están aquí. Me habló sobre pequeños duendes y misteriosas hadas de la fortuna, que convierten en oro cualquier cosa que acarician con sus diminutos pulgares. Yo creo que he conocido a una de esas hadas, pero no tiene alas, ni siquiera es diminuta, ni misteriosa, pero hay algo en ella que hace que me de un vuelco en el estómago cada vez que la miro. Me siento como si, al fin y al cabo, tuviera la suerte de haber coincidido con ella.

Miro a Lillia, que está sentada en la silla donde solía sentarse mi abuela. Está moviendo las piernas mientras habla de flores silvestres que puedes encontrar en el bosque en primavera. He dejado de escucharla para observarla, es algo que me gusta hacer cuando se trata de ella. Miro su pelo castaño ligeramente ondulado cae hasta su cintura y sus ojos, de un color avellanado, un poco más marrones que verdes.

Ella es una de las hadas de las que me hablaba mi padre, decía que si tenías suerte, podrías encontrarte con ellas, que caminaban al son de un tintineo y cuando estuvieras cerca a una de ellas, lo sabrías, porque tan pronto saben que las has visto, desaparecen.

Miro la silla, que yace vacía hace un par de semanas. Lillia no ha vuelto a pasar por aquí, no ha vuelto desde aquel día.

Mi mirada se dirige al sauce. Sus hojas se deslizan hacia abajo, como si estuviera llorando su ausencia. Camino pisando unas huellas más pequeñas que las mías, marcadas en el barro, que se dirigen hacia el tronco del sauce. Casi puedo notar en su corteza la marca que le hizo Lillia el último día, colocando nuestras iniciales, “para cuando en un futuro volvamos a esta casa” dijo antes de irse para siempre.

Una presión llena mi pecho y por instinto, miro hacia los lados, como si alguien hubiera dentro de los campos de trigo que rodean el sauce. Lillia siempre me hablaba de este árbol, pero nunca he sentido una atracción hacia él, “es un sauce llorón, no es especial” suelo pensar muy a menudo, sobre todo ahora, con la

sensación de que millones de ojos están clavados en mí. Me tiemblan las manos y me siento impotente, no creo que sea la magnitud del sauce, pero me aterra, tanto, que no dudo en salir corriendo y refugiarme en mi habitación.

Vuelvo a pensar en las leyendas que me contaba mi padre, rebusco entre miles de historias a las que hace mucho tiempo que le salió la primera mota de polvo y doy con mi favorita. Limpio el polvo con la mano y leo el título, “la balada del caballero y del dragón”.

Principe anhelado,
Cuyo amor he buscado,
deme la tierra, acerca
tu sol. Padezco un dolor,
aquí inexplicado.
tú salvarás este dragón
Herido igual que alado.

Principe anhelado
Salva a este monstruo aterrado
Salva a este caso inexplicado

Caballero deja de lado
tu armadura y armas.
Búscame surcando cielos,
recorriendo montañas,
buscando tu vida, tu alma,
tal vez tu amor dichado.
Búscame y sálvame.

Principe anhelado

Salva a este monstruo aterrado

Salva a este caso inexplicado

Paso el dedo con cuidado por encima de cada palabra, leyendo sus versos irregulares. Las siguientes páginas las comprende un cómic sobre un príncipe caballero, que tras descubrir que su amada había sido presa de una maldición que le ha vuelto un dragón, recorre caminos pedregosos, riachuelos helados, hasta desiertos interminables, para conseguir salvarla.

Miro mi espada, escudo y la armadura falsa que me preparó mi padre antes de irse esta mañana. Pongo en mi mano la espada y la deslizo por el aire, como si de verdad estuviera luchando contra algo.

De repente, las palabras de Lillia llegan a mi cabeza “a veces solo hace falta un poco de valor”. Salgo corriendo de la casa y miro al sauce llorón, teñido del color anaranjado del atardecer.

Es como si miles de ojos me mirasen cada vez que estoy cerca, como si protegieran el sauce de nosotros. Pienso en mi obsesión con el sauce, en por qué quiero acercarme si sé que no debo hacerlo y luego pienso en ella, en Lillia. ¿Por qué los humanos nos obsesionamos a acercarnos a cosas que pueden herirnos? ¿Por qué no me habré vestido con la espada y escudo como hizo aquel caballero?

Miro el sauce a lo lejos. Recuerdo a la mujer mayor que describe Stephen King en El capitán trotamundos. Una mujer que no decía nada, solo te observa y sonreía. A ellos en una casa de campo, a mí en un sauce.

He llegado a la conclusión de que debo armarme de valor, como dijo Lillia aquel día. Debo evitar temerle, pero puedo volver atrás si las cosas no salen como pensaba.

Con pasos firmes me acerco al sauce y le grito.

—NO TE TENGO MIEDO

Y de un momento a otro, una lluvia torrencial comienza a caer, acompañada de ráfagas de viento. Debo colocar una pierna tras la otra para mantenerme firme y cubrirme la cara con los brazos. Avanzo sin cambiar la posición y cuando toco el tronco del sauce, tanto el viento como la lluvia cesan. Las gotas resguardadas en las hojas del sauce caen, mojando mi pelo azabache.

He acabado abrazado al tronco del árbol, con la cabeza pegada a este y los ojos cerrados, temiendo que ahora que lo he conseguido, me lo arrebatan.

Escucho unos pasos a mi espalda, que suenan como campanillas. Consigo abrir los ojos, el tronco rugoso se ha quedado plasmado en la superficie de mi moflete, aún así, me giro para mirar a Lillia.

—Pensé que nunca comprenderías por qué me fui.—señala la copa del sauce.

Es lo único que dice antes de desaparecer de nuevo. Miro las hojas, que han tomado un color amarillo, puro y reluciente.

Al tocarlas veo que no son hojas normales, están compuestas por oro.

Entonces me doy cuenta de todo lo que he omitido, “pensé que nunca comprenderías por qué me fui”. Se fue para que yo diera el paso, para que me enfrentara a lo que más terror me producía... el árbol se lo dijo cuando ella talló su caligrafía en él.

Trazo con mi mano las líneas formadas con una llave, que ahora se encuentran rellenas con una especie de savia dorada, que dejará esa marca para siempre

—Para cuando en un futuro volvamos a esta casa.—la tímida risa de Lillia inundó la atmósfera.

—¿Lo sabías?

—Siempre lo he sabido, lo raro es todo el tiempo que has tardado en saberlo tú.

—¿cómo lo adivinaste?

—Porque yo formo parte del sauce, Hugo.—pasa la mano por su tronco.—Soy el hada que ha hecho que viva, que vivas.